

Miguel Sanchez Neto



UN AMOR ANARQUISTA

Una mujer y tres hombres
Un amor para siempre

Con el subtítulo de «Una mujer y tres hombres. Un amor para siempre», Sanches Neto nos propone una reflexión en torno al amor libre.

Esta novela, ambientada en la colonia anarquista «La Cecilia» del Brasil de finales del XIX no es, ni mucho menos, la novelización de un «ménage à quatre», sino como bien expresa su subtítulo, una historia de amor, pero una historia que nos hace reflexionar sobre el sentido de propiedad más último, el de la propiedad del otro... los afectos, el amor, los celos, el concepto de familia, los hijos... y su posible incarnación en una sociedad futura libre de prejuicios y ataduras.

Miguel Sanches Neto

UN AMOR ANARQUISTA

Título original: Um amor anarquista

Versión de Diana Klinger

Biblioteca: Ficciones

Edición digital: Carretero

La edición de este libro forma parte del Programa de apoyo a la traducción de obras de la literatura brasileña contemporánea, patrocinado por la Embajada del Brasil en Buenos Aires.

Siempre nos modifica lo que amamos.

Joseph Brodsky. *Menos que uno*



Giovanni Rossi



Italianos de La Cecilia
A la derecha Rossi



Localización de la comuna
y algunas de las escasas fotos originales
de la colonia

Sobre un banco de madera, dejado al lado de mi cama, estrecha, igual a la de los otros solteros, coloqué una lata con flores silvestres, para que Jean Geleac encontrara un ambiente agradable. Está con el grupo desde mediados de 1891 y nunca tuvo mujeres, se negó al amor fácil de Narcisa, que al final propagó la discordia entre casados y solteros más de lo que amenizó su falta de mujer. Tímido y joven, un tanto romántico como siempre somos a los veinte años, Geleac se ha dedicado al vicio de la virtud, arreglándose solo. Su rostro está cubierto de granitos y, al contrario de los hombres casados, o de los más maduros, acostumbrados a la soledad de estas tierras, tiene la piel color papel y sus ojos profundos revelan su ansia de amor.

Hablé seriamente con él, le dije que necesitaba una mujer, y él me dijo que no, que aguantaba bien la vida en la Colonia, pero bastaba ver aquel rostro para percibir cuánto sufría. Las mujeres casadas, aunque quisieran -y desgraciadamente no quieren-no podrían darle el cariño que merece. Decidí, entonces, compartir mi cama con él.

Cambié las sábanas -era la primera vez con una mujer de verdad y él merecía lo mejor por lo que había hecho por la Colonia, por su coraje y abnegación. Yo estaba excitado por poder proporcionarle aquel momento de amor.

Adele llegó cuando la cama estaba hecha. Venía con uno de sus vestidos viejos, remendado a la altura de la barriga y al lado de la cintura, fino de tanto haber sido lavado, que revelaba el cuerpo delgado, aunque bien formado, de mujer madura y saludable -y esta salud sería el remedio de

Geleac-. No estaba ni expansiva ni retraída, se aproximó y me besó en la boca, en una entrega pacífica y silenciosa - sentí su piel fresca y los cabellos todavía húmedos del baño vespertino. Por un momento tuve ganas de quedarme con ella en el cuarto, de cerrar la puerta de nuestra casita e invitarla a acostarse; yo también estaba huérfano de amor. Podría que darme con ella hasta el amanecer, y no dejar que nadie tocara aquel cuerpo, pero este pensamiento se desvaneció enseguida. Fui a la ventana y la cerré para que no entraran mosquitos. Ella encendió la lamparita colgada de la pared. Para no pensar como un burgués tenía que continuar con la preparación del cuarto. Barrí el piso de madera, haciendo un ruido áspero, mientras Adele se acomodaba en la cama, mirando la llama de la lamparita, que reflejaba luces extrañas en sus ojos.

- ¿Crees que Geleac va a venir? -quiso saber.
- Me aseguró que sí. ¿Y Aníbal? ¿Hablaste con él?
- Le dije que venía a tu casa. Estaba un poco borracho y me dijo que te besara mucho, que te lo merecías.
- ¿Le hablaste de Geleac?
- Todavía no. Tal vez ni aparezca, ¿para qué hacer sufrir a Aníbal antes de tiempo?
- Lo va a aceptar cuando otras mujeres sigan el ejemplo.
- Aceptar ya acepta, pero no puede dejar de sufrir.
- Es un buen socialista, finalmente encontrará fuerzas. Adele no prestaba atención a mis movimientos; inmóvil, esperaba la hora en la que le tocaría actuar en el teatro. Era así como yo percibía aquel encuentro, una pieza de teatro en la que yo era el autor del texto, quien definía lo que cada uno de los personajes debía hacer o decir, y esta autoría me libraría de la tristeza que los ojos de Adele destilaban en contacto con la claridad de la lamparita.

La luz la hacía más linda. No identifiqué esa belleza cuando, en mi regreso a Italia, nos encontramos. Aquí, en la Colonia, tal vez por la luminosidad tropical o por el verde de la mata o incluso por el silencio, se puso más linda, y su belleza aumenta día a día. Solo ella no lo percibe, pues no tiene ni espejo. Y eso es bueno, su hermosura pertenece a todos los hombres libres que la desean no como Adele, compañera de Aníbal, sino como mujer.

Percibí que había alguien más en la casa, pero no escuché ningún ruido. Fui a la cocina y encontré a Geleac apoyado en la pared. Le pedí que me acompañara y él, tímido, las manos en los bolsillos -cerca del sexo, lugar que sus dedos conocían tan bien, me siguió, y le dije que se acomodara en la cama, cerca de Adele. Vaciló un poco, pero ella, con cuidado, tomó sus manos y fue acercándolo. Y aquel cuerpo fuerte se dejó llevar por los brazos finos de la mujer, arqueándose hasta el punto en que o se sentaba en la cama o se arrodillaba. Se sentó y recibió un beso, yo sabía que de ahí en más no necesitaban más de mí, me agaché, le besé la frente a los dos y -cerré la puerta al salir de la casita-el corazón acelerado, como si fuera mi primera vez con una mujer.

Caminé por el campo, evité el comedor, Aníbal podría verme y preguntaría por su compañera. No era momento para decirle que nuestro casamiento anarquista tenía un socio más, un muchacho lleno de vida y de ideas, uno de los nuestros, defensor de la vida comunitaria, que merecía a Adele tal vez más que nosotros dos, pues era joven y había cambiado su juventud por esta vida.

Una parte de mí, sin embargo, sentía la falta de esa mujer, era mi raíz egoísta, contra la cual luchaba todos los días, recordando que los intereses de la Colonia tenían más importancia y mis dolores no pasaban de sentimientos individuales y soportables. Caminaba por la calle, veía la luna levantarse en el horizonte, una luna llena, luminosa, palpitaba de

forma tan intensa que llegué a sentir ganas de volver a mi casa, a mi cama, a mi mujer. Y de repente quería que las cosas fueran mías. Y eso era triste, más triste que la soledad.

Había conocido a Adele en noviembre de 1891, en Italia, cuando hablaba del amor libre, de la necesidad de un cambio en las relaciones: solamente cuando la mujer no perteneciera a nadie y los hijos no fuesen de un padre, sino de la comunidad, la noción de familia quedaría abolida. Hablaba entusiasmada, idealizaba mucho y, al final, cuando yo conversaba con algunas personas, contándoles las novedades de la Colonia -iba muy bien pero todavía faltaban mujeres, que se aventuran menos que los hombres-se aproximó y, llevándome a un rincón de la sala, dijo que concordaba conmigo, la mujer no podía atarse a ningún hombre, debía querer bien a todos; al querer bien a una persona, el sexo con ella es más legítimo que con el cónyuge; en el casamiento, el sentido de obligación anula el deseo. Hablaba mirándome, y enseguida quise saber más sobre ella. Entonces me contó que era viuda de uno de los compañeros, estaba pensando en partir a Brasil, por eso había venido a mi conferencia.

Como es mi costumbre le pregunté directamente, sin ninguna lascivia en el tono de voz, si el compañero había sido el único hombre de su vida.

- Tuve otros -y después de un breve silencio-. Amé al marido de mi hermana.

- ¿Y ella sabía de ustedes? -No era un hombre el que hacía esas preguntas, sino un profesional. Ella lo entendió así y respondió como un paciente a su médico.

- No sabía -nuevo silencio-. O por lo menos no sabía oficialmente. Tal vez sospechase, principalmente después de que se enfermó y ya no podía recibir al marido, que pasaba las noches con ella y el resto del tiempo conmigo.

- ¿Sientes remordimiento?
- ¿Por haber amado a mi cuñado?
- Por no haberle contado.
- No sé si remordimiento, creo que habría sido más fácil para todos, pero con ella enferma no tuve coraje de decirle nada. Se moriría pronto.
- ¿Y murió?
- Dándome la mano. Me dolió, pero sentí alivio.
- ¿Te quedaste con su marido?
- Apenas unos meses, después se enfermó, tuberculosis como mi hermana, y todo fue aun más rápido.
- ¿Para ti el amor fue también alegría?
- Hasta ahora fue dedicación.
- ¿Amaste a alguien más?
- A un anarquista que me mostró lo que es la solidaridad, fuimos perseguidos, pasamos hambre, pero con él el amor era algo más fuerte.
- ¿Y él te abandonó?
- De la manera más dolorosa, la única que no hiere el orgullo de una mujer, aunque la deje todavía más desprotegida. Murió.
- ¿De qué?
- Creo que fue la vida difícil que llevábamos, casi sin comida, durmiendo mal, cambiando de ciudad todo el tiempo, siempre expulsados por los patrones.
- ¿Y ahora estás con alguien?

- Vivo hace poco tiempo con un anarquista. Me gusta tanto como los otros. Como dije, el amor para mí ha sido más bien compañerismo.
- El amor justo es compañerismo siempre.

Nos despedimos y no pensé más en Adele, en sus ojitos pequeños, pero siempre brillantes, a pesar de la fisonomía de mujer sufrida.

Cuando, en noviembre de 1892, llegó con su marido, fui frío. Ellos habían parado varios días en Curitiba, sin decidir si venían o no a la Colonia, a causa de la propaganda negativa que hacían los disidentes. Para ellos no somos una colonia anarquista, sino una banda de perezosos e idealistas. En compañía de unos profesionales, la pareja llegó desanimada, temiendo lo que iría a encontrar aquí, y lo que encontró fue nuestra pobreza, unas cuantas casas de madera y poca comida. A las mujeres casadas no les gusta cuando aparece más gente, piensan que quienes trabajaron fueron ellas y sus maridos. Adele y Aníbal no traían mucho dinero, apenas setecientos reís, que colocaron en la caja colectiva, pero tampoco eso mejoró el ánimo de los demás. Yo me había quedado resentido por aquella vacilación inicial, ellos no deberían haber creído en las mentiras de los antiguos habitantes de la Colonia, que pasaron por aquí más para molestar que para ayudar a construir nuestra familia anarquista y ahora querían disuadir a los nuevos compañeros.

Solo después de algunos días, cuando ya estaban trabajando -Aníbal en las rutas, Adele en el comedor comunitario y en la huerta-, pude conocer mejor a aquella mujer. Un día, hacia el final de la tarde, después de una sopa sustanciosa, me mostró la carta que Gianotta, amiga en común, le había escrito. Era más bien una nota en la que le recomendaba que me buscara y se hiciera mi amiga. Al final le pedía que Adele me diera un beso y un abrazo.

- Todavía no lo hiciste -le dije, con un tono levemente malicioso.

- Quién sabe, algún día... -me dijo, y me dejó solo en la mesa para acercarse a Aníbal, que conversaba con un grupo de colonos.

Pasaron muchos días antes de que Adele cumpliera su promesa. Siempre conversábamos y yo le preguntaba si todavía admitía el amor libre, pues alguien debía dar el ejemplo y yo estaba tan desgraciadamente solo que para mí sería más que un experimento socialista, sería la propia alegría en aquel estado de privación. Había cambiado la seguridad de una familia por la amistad de los compañeros, pero me faltaba afecto erótico.

-Podríamos probar el amor libre, esta es una Colonia experimental, volcada hacia la libertad femenina.

Adele estaba de acuerdo con todo, sin decidirse.

- ¿Tienes miedo de lo que puedan decir de ti? -le pregunté.

- Ya me conoces lo suficiente como para saber que no me importa la opinión de los demás.

- ¿Temes que le duela a Aníbal?

- Es lo mínimo que se puede esperar de una mujer honesta, ¿no?

- Entonces vamos a contarle todo.

Mi determinación movió a Adele, que habló con él el mismo día. Aníbal ya sospechaba de nuestros encuentros, todavía inocentes. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloró ni protestó. Adele le preguntó si la consideraba mujer libre o sierva de su marido. Libre, dijo él. Ella continuó: una mujer libre no solo podía, sino que debía ser dueña de su

cuerpo y de sus cariños. Él tuvo que asentir, y le tomó la mano en una tentativa de retenerla. Seremos ejemplo para esas campesinas que hoy no tienen patrón pero todavía obedecen a los maridos, dijo ella. Aníbal no decía nada; miraba a la mujer reclamar su derecho a conocer otros cuerpos.

- ¿Ya hubo algo entre ustedes?
- No haríamos nada sin tu aprobación. No eres un burgués odioso.
- Tampoco soy tu dueño; si crees que es así que las cosas deben ser, estoy de acuerdo.
- Pero, ¿acuerdas con rabia?
- Acuerdo sufriendo.
- ¿A qué le temes?
- A que te quedes solo con él.
- Siempre me voy a quedar con los dos.

Aquella misma noche, después de esa conversación y después de haberse amado, un amor dolido, Adele dejó su casa con el consentimiento de Aníbal, y vino a mi cama. Entró triste, pero la tristeza no le impediría hacer lo que ambos deseábamos. Su actitud era la de una monja atenta al llamado de un moribundo en medio de la noche, pura resignación; nuestro encuentro llevaba a que otra persona sufriera y, por eso, también nos hacía sufrir.

- Vine a cumplir aquello que me encargó Gianotta -dijo, seria.

Entonces me entregó sus labios sin ningún gesto caluroso. Abracé su cuerpo menudo, era una mujercita que tal vez en otras circunstancias no me gustaría, y sentí un estremecimiento. A pesar de su cuerpo frágil, ¡había tanta fuerza en

su decisión! Dejaba de lado el deseo de ser respetada por su conducta, abandonaba, más allá de nuestra triste patria, el pasado entero de aquella Italia católica, todo para experimentar conmigo una nueva forma de amor. Adele crecía en mis brazos y enseguida nos besábamos con desesperación juvenil. Cuando nos vimos desnudos, fue como si nuestros cuerpos se conocieran desde hacía siglos.

Palmeira, 20 de abril de 1890

Preciadísimo Leonida Bissolati

Como fue por medio de *L'Eco Del Popolo* que conseguimos apoyo para esta desesperada empresa que es la creación de una colonia socialista en América del Sur, me gustaría que nuestra primera carta estuviera dirigida a los lectores de ese heroico periódico.

Enfrentamos todos los problemas de los inmigrantes en esta cansadora travesía marítima que hicimos a bordo del *Citta di Roma*; comimos pan mal cocido, bebimos vino ácido y agua caliente, y probamos, así, el sufrimiento de los italianos expulsados de sus tierras por la miseria. En días sin ninguna actividad, nos atormentaba el mareo, que solo nos daba sosiego cuando nos acostábamos en las sillas de la cubierta y nos quedábamos mirando las nubes. Y mirar las nubes nos hacía soñar más todavía con el futuro. Fuimos imaginando como sería el Brasil -aunque inicialmente tuviéramos ganas de ir a Uruguay, encontramos más facilidades de inmigración para Brasil, cuyo gobierno nos dio transpor-